

1. EL DEPORTE COMO POLÍTICA DE ESTADO

Tanto por el inicio de su expansión acelerada como por los niveles de desarrollo y formalización alcanzados, puede afirmarse que el siglo xx fue el siglo del deporte. Tiempo antes, la modernidad occidental había incorporado a su imaginario cultural una adaptación de la práctica deportiva cuyas raíces se remontaban a la Grecia antigua. Esta recuperación del ideario olímpico fue promovida, entre otros, por Pierre de Coubertin, pedagogo e historiador francés que definió el deporte como “el culto voluntario y habitual del esfuerzo muscular intenso apoyado en el deseo de progreso”.² Con los educadores ingleses de finales del siglo xix como sus referencias inmediatas, las contribuciones políticas e ideológicas de Coubertin dieron pie a la creación de asociaciones deportivas, publicaciones especializadas y, por supuesto, a la institución de los Juegos Olímpicos modernos en 1886.

Al resaltar la función educativa del deporte, el movimiento olímpico se fundó pregonando valores modernos como el ejercicio físico, la libertad que se evoca en la recreación al aire libre, la higiene y la democratización de los

² Pierre de Coubertin, *Pédagogie Sportive*, Les Éditions G. Crès et Cie, Paris, 1922, p. 7.

RENATO GONZÁLEZ

espacios públicos para su práctica.³ Además, se destacaban sus repercusiones en el ámbito social, específicamente en el fomento del *buen humor social* y el combate a enfermedades psicosociales como el alcoholismo, bajo la premisa de que el deporte era capaz de cambiar los hábitos de los trabajadores. Como sólo puede ejercerse en tiempos de ocio, presumiblemente el tiempo que se podría dedicar al consumo de sustancias se reduciría. Esta lógica intuitiva se vería derrumbada por las evidencias a través del tiempo. Si bien en el papel el deporte gozaba de un enorme potencial para modificar hábitos, y a pesar de que muchos comenzaron a practicarlo con mayor entusiasmo —llegando incluso a la profesionalización—, a gran escala el consumo de alcohol sólo cambiaría de lugar, trasladándose entonces a los recintos deportivos.⁴

³ Ya desde 1922, Pierre de Coubertin pronosticaba la expansión y difusión del fútbol en Europa como uno de los agentes más poderosos en la democratización de la práctica deportiva, entendida como el proceso en el que las clases populares acceden a espacios de recreación que en un principio estaban restringidos únicamente a las clases adineradas. Ver *ibid.*, pp. 59-60.

⁴ Véase el caso del desarrollo del deporte en Chile, documentado en Gonzalo Serrano del Pozo, “Los inicios del fútbol en el puerto de Valparaíso y las causas de su popularización en Chile (1880-1915)”, *Materiales para la Historia del Deporte*, núm. 15, Chile, 2017. Además, un documento de la ONU publicado en 2003, a pesar de seguir sosteniendo que el deporte puede contribuir a disminuir el consumo de alcohol y drogas, da cuenta de estudios que sugieren exactamente lo contrario, es decir, que las personas que practican deportes recreativos pueden consumir drogas de modos arriesgados (por ejemplo, mientras practican sus deportes). Véase Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, “El deporte como instrumento de prevención del uso indebido de drogas”, ONU, Nueva York, 2003. Disponible en https://www.unodc.org/pdf/youthnet/handbook_sport_spanish.pdf

No obstante, la práctica deportiva se consolidaría como una expresión lúdica, útil y apreciada por amplios sectores sociales, por lo que su función para fomentar el *buen humor social* permanecería vigente. Por su esencia lúdica, el deporte es capaz de aliviar tensiones de la vida cotidiana, ya sea entre practicantes o espectadores. Como lo afirma Johan Huizinga en su aclamado *Homo Ludens*, el deporte no es la “vida corriente”, sino un escape de ella hacia una esfera de actividad temporal que posee una tendencia propia. La actividad se realiza por la satisfacción que produce en sí misma. Así, el deporte se presentaba como una ocupación en tiempo de recreo y para recreo, creando una esfera propia en los ámbitos de la fiesta, el culto y el tiempo libre. Como divertimento se convierte en acompañamiento imprescindible tanto para la persona como para el grupo social, satisfaciendo las necesidades de expresión y convivencia.

Además, en aquella época se buscaba evidenciar los vínculos entre el esfuerzo individual y la fortaleza colectiva como la base de toda *sabiduría política*, argumentando que los valores cultivados de una generación por medio del deporte podían asegurar el éxito nacional de las generaciones subsiguientes.⁵ Es aquí donde aparece por primera vez la idea de que el deporte es capaz de llevar bienestar a la totalidad de la población: el buen humor social como una etapa previa a la consecución del bienestar general.

Gracias a la concentración urbana, a unas jornadas de trabajo más cortas y al desarrollo de espacios accesibles a la población citadina, el tiempo libre comenzó a utilizarse

⁵ Conrad Vilanou, “El deporte en el siglo xx: metrópolis, política y espectáculo”, *Movimiento*, vol. 7, núm. 15, 2001, pp. 137-155.

RENATO GONZÁLEZ

para la recreación, entre la que se incluían los paseos por las avenidas, las concentraciones en parques públicos y, por supuesto, la práctica de toda clase de deportes. Si anteriormente la actividad física, las competencias y los juegos colectivos se relacionaban con los momentos de ociosidad de la clase trabajadora y eran asimilados como una pérdida de tiempo por la aristocracia europea, para principios del siglo xx el deporte comenzó a introducirse como un elemento más de la cultura metropolitana. Desde un punto de vista urbanístico, las iglesias, las plazas y los palacios dejaron de ser los puntos neurálgicos de las ciudades, sustituidos en parte por velódromos, pistas de patinaje, gimnasios, baños públicos, piscinas y campos de fútbol.

Fue también entonces cuando una categoría social hasta entonces desconocida e irrelevante adquirió un papel crucial en la conformación de las sociedades modernas: la juventud. Previo a la Primera Guerra Mundial, el deporte había adquirido un matiz militarista, pues se utilizaba para entrenar a las tropas que se preparaban para combatir en lo que se vislumbraba como un inminente conflicto bélico. Una vez finalizada la guerra, el deporte se libró de esta contaminación, pues los jóvenes aristócratas (y ya no los militares) fueron quienes emprendieron la conformación de clubes que competían únicamente entre ellos y defendían el amateurismo de sus disciplinas, como el tenis y el rugby. Por el otro, sin la necesidad de ser utilizados como carne de cañón para la guerra, los jóvenes trabajadores veían en el entrenamiento intensivo y en la práctica deportiva, una oportunidad de recibir mayores compensaciones económicas por parte de sus clubes, en ocasiones patrocinados por las mismas empresas para las que laboraban.

Fue en el periodo de entreguerras (1919-1939) cuando esta expansión masiva del deporte ocurrió, acompañada y potenciada por la necesidad de dotar de identidad colectiva a una sociedad europea devastada por el conflicto bélico. Frente a la inestabilidad y la pérdida de las costumbres tradicionales, el deporte contribuyó a construir nuevos lazos sociales, ahora en una lógica nacionalista, que agrupaba a la masa social y le daba un sustento simbólico. En ese sentido, la idea era trasladar las ideas del conflicto, la competencia, la supremacía y el deseo de victoria —tanto entre naciones como individuos, inmersas en las sociedades capitalistas— a un ámbito más pacífico que el campo de batalla: el deportivo. Además, el deporte se consolidaba como un pilar de la buena salud y las buenas costumbres, en una incipiente idea más grande de bienestar que rondaba entre los Estados europeos como la única vía para una reconstrucción pronta y conciliadora.

Los grandes estadios, además de eventos deportivos, comenzaron a albergar concentraciones políticas y religiosas —las cuales encontraron su mayor expresión en los regímenes totalitarios— y se convirtieron en elementos distintivos que reflejaban el proceso de modernización y civilización. Al mismo tiempo, la conformación de equipos representativos y su participación en competencias internacionales fomentó la difusión de ciertos valores patrióticos, materializados en el culto a la bandera, los estandartes, los uniformes y las preseas obtenidas.

No obstante, el deporte se consolidó como un ámbito central de la vida social del siglo xx cuando adquirió un matiz ideológico-político en la división bipolar del mundo. Ya desde el siglo xix, la distinción entre disciplinas burguesas y proletarias era una realidad sociológica constatable. A di-

RENATO GONZÁLEZ

ferencia del tenis, el esgrima o la equitación, en las fábricas y en los centros de trabajo se cultivaban el ciclismo, el fútbol, la marcha y el atletismo, los cuales exigían poca o nula infraestructura y equipamiento.

Por su misma naturaleza y origen, el deporte burgués y el deporte proletario se mantuvieron en esferas relativamente separadas, pero unidas bajo el manto de la modernidad y de la premisa de que la práctica deportiva podía contribuir al mejoramiento progresivo de las condiciones de vida de la población, tanto de forma individual como colectiva.

Con el advenimiento de la Revolución Soviética de 1917, el mundo del deporte consolidaría su división en dos grandes ámbitos antagónicos. Por un lado, el deporte burgués, asociado al movimiento olímpico internacional, y encabezado a su vez por las potencias capitalistas; y por el otro, el deporte popular, asimilado como un componente más de la lucha de clases y fomentado desde los gobiernos estatales de los países comunistas.

En oposición al concepto de deporte anteriormente mencionado —que asume la práctica deportiva como el ejercicio muscular, habitual y voluntario, orientado al cuidado individual del cuerpo y basado en un ideal de progreso, competencia y rendimiento—, en la recién inaugurada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), el ejercicio físico fue introducido mediante decreto, en primera instancia, con fines militaristas y de producción, con el objetivo de salvaguardar las conquistas de la revolución y preparar a los jóvenes para el trabajo. El aporte de Lenin añadió que la educación física serviría como un medio para alcanzar el desarrollo integral y armonioso de los individuos, apuntando a la formación de ciudadanos creativos y

alejados de vicios en la sociedad comunista.⁶ A pesar de que se transitaba por un camino distinto, la idea del bienestar por medio del deporte persistía en dicha concepción.

Más allá de la rectoría del Estado en el fomento de las actividades deportivas —particularmente en el sostenimiento de asociaciones deportivas mediante instituciones como el Ministerio del Interior, los sindicatos o el mismo partido—, es importante señalar que la caracterización de la política deportiva de la URSS giró alrededor del concepto de *fizicheskaya kultura* o cultura física. El término hace referencia a una “red de métodos y medios aplicados al desarrollo físico, al mejoramiento de la salud, y a la superación de cada individuo y del colectivo”,⁷ con el objetivo último de contribuir al desarrollo económico de la Unión Soviética.

Cabe destacar que dicho concepto no comprendía únicamente las actividades deportivas, sino también elementos como la higiene y el contacto con la naturaleza. Además, la intención del concepto era colectivizar y masificar el deporte, llevándolo al pueblo cuando anteriormente era exclusivo de las clases altas y medias. Simbólicamente, la cultura física era casi tan relevante como la hoz y el martillo; la popular escultura del obrero y la campesina, ambos esbeltos, atléticos y bien proporcionados, sosteniendo los máximos estandartes del Estado, es el ejemplo más representativo del uso propagandístico del concepto.

⁶ Para conocer más sobre la concepción original del deporte en la Unión Soviética, véase James Riordan, “Marx, Lenin and Physycal Culture”, *Journal of Sport History*, vol. 3, núm. 2, 1976, pp. 152-161.

⁷ ‘Fisicheskaya Kultura’, *Gran Enciclopedia Soviética*, vol. LVII, Moscú, 1936, pp. 304-305. Citado en Mike O’Mahony, *Sport in the USSR Physical Culture-Visual Culture*, Reaktion Books Ltd., Londres, 2006, p. 16.

RENATO GONZÁLEZ



“Obrero y koljosiana”. Estatua de 24.5 metros de altura, hecha con acero inoxidable por la escultora soviética Vera Mújina en 1937. La palabra *koljosiana* viene de “koljós”, campos de cultivo colectivos instaurados por el régimen comunista, y símbolos de la introducción de la revolución en el campo.

Ahora bien, si durante la primera etapa de la concepción de la cultura física se desecharon los valores burgueses de la competición, el rendimiento y la victoria para concentrarse en la colectivización del deporte y en el desarrollo de la sociedad comunista, en el transcurso de la historia ocurrieron dos eventos que modificaron sustancialmente las políticas deportivas de la URSS: primero, el acercamiento con Occidente para hacer frente a la amenaza del fascismo; y segundo, en el contexto de la Guerra Fría, la oportunidad de utilizar el ámbito deportivo como plataforma para demostrar la superioridad del bloque soviético frente al capitalista.

Esta reorientación —en un primer momento para formalizar las relaciones diplomáticas con los países occidentales, y posteriormente para utilizar el deporte como una herramienta de propaganda soviética— se materializó en políticas como la afiliación a federaciones internacionales —específicamente al Comité Olímpico Internacional (COI) y la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA)— y la participación de sus atletas en las competiciones burguesas. Lo anterior necesariamente implicó una modificación en los métodos de entrenamiento, la profesionalización de las actividades deportivas y el viraje de su práctica hacia un enfoque de alto rendimiento.

Así, estas dos concepciones encontradas —a pesar de tener coincidencias en varios puntos, como las ideas de progreso, desarrollo y bienestar social, o los fines diplomáticos— serían las que teóricamente sostendrían los modelos de gestión estatal del deporte durante todo el siglo xx. Sus principales diferencias son que, por un lado, los países occidentales adoptarían una noción voluntarista de deporte, con énfasis en la competitividad y el rendimiento individual; por

RENATO GONZÁLEZ

el otro, los países comunistas abrazarían el deporte como un componente más de la cultura física, en primera instancia obligatoria, de responsabilidad estatal y dirigida al fortalecimiento y legitimación del ideario comunista.

Las distinciones referidas en este apartado ayudarán a entender las diversas formas en las que el deporte fue tratado políticamente a lo largo de la historia contemporánea, y específicamente en los procesos de formalización que terminarían por darle la relevancia que acusan en la actualidad. Todavía es posible identificar elementos provenientes de estas dos concepciones en el tratamiento de las de políticas públicas deportivas, sobre todo en su justificación y fundamentación. Por lo tanto, comprender desde qué perspectiva se asimila la práctica deportiva, tanto social como colectiva, se vuelve especialmente necesario cuando de pensar las políticas públicas del deporte se trata.